



(Sepulcro del obispo D. Agustín Bargas)

CAPILLA DEL OBISPO, EN MADRID.

En los primeros años del siglo XV, en lo más elevada de la colina que ahora se llama Plázueta de la Paja, y contigua á la iglesia parroquial de S. Andrés, existía la casa del noble eshallero madrileño Rui González Claríjo, llamado el *Orador* por su facultad, y camarero del Rey D. Henrique III, que le dispensaba la mayor protección, y profesaba grande amistad. Este señor se hizo célebre en toda Europa por el viaje que hizo á Samarcanda, en la gran Bukaria; por los años de 1402 con el objeto de complimentar al memorable *Timar-Lenk*

(Tamerlan) de parte de su soberano, siendo el primer europeo según se cree, que penetró en aquel remoto país de la Tartaria mayor: á su regreso á España al cabo de algunos años, publicó una descripción de su viaje, y fue testigo del testamento otorgado por su augusta monarca y amigo, cuando murió en 1407, falleciendo él en 1412. En el de 1422 se aposentó en esta misma casa el infante D. Henrique de Aragon: á fines del mismo siglo hubieron de pasar estas casas á poder de Francisco de Vargas, del consejo de los Reyes católicos, que proyectó de labrar en

ellas la hermosa capilla que hoy existe conocida con el nombre del Obispo: incorporando á ella una que tenía S. Isidro Labrador, y dedicarla á este bienaventurado patron de esta villa. Para el efecto sacó un breve de Leon X, y la principió; pero asaltándole la última enfermedad en el año de 1524, la concluyó su hijo don Gutierre de Vargas y Carbajal en 1535, obispo de Plasencia (que por eso se llama del Obispo), dotándola magníficamente, y en ella estuvo el cuerpo de S. Isidro hasta el año de 1559, que por ciertas diferencias mandó el arzobispo de Toledo, D. Juan Tavera, que se volviese á la parroquia el santo cuerpo: Desde entonces se la puso el título de S. Inés de Letran, que es el verdadero con que continúa al presente. Los señores marqueses de S. Vicente son patronos de esta capilla como sucesores del fundador Francisco de Vargas.

Tal es la idea histórica que de este edificio nos ha parecido conveniente dar á nuestros lectores: pasemos ahora á presentar su descripción en general, deteniéndonos mas particularmente en el sepulcro del obispo, porque realmente es una de las mejores obras que en su línea se ven en España. El exterior de la capilla es todo de piedra, y en sus ventanas se vé el estilo de la edad en que se construyó; la puerta de la fachada está adornada en su tercio superior con algunos bajos relieves; pero es una comparación mucho mejor la interior y propia de la capilla, cuyas dos hojas están cubiertas de bajos relieves, festones y ornatos muy bien ejecutados y conservados, á lo que habrá contribuido mucho el resguardo en que se halla en un tránsito y la berja de hierro que tiene delante: sería gran lástima que se hubiese deteriorado, porque puertas mas sustososas podrían verse en Madrid, pero no ejecutadas con tanto arte. La capilla se nos presenta espaciosa, elevada y clara; su ornato de grupos de columnitas esbeltas y fajas cruzadas en las bóvedas corresponden á la manera que llamamos impropriamente gótica, y de que en Madrid, solo aquí y en la iglesia de S. Gerónimo vemos ejemplares. Ignoro quien fué su arquitecto, pero sé que su retablo mayor y los sepulcros fueron dirigidos por Francisco Gilarte y vecino de Palencia, y que gozaba gran reputación en el reinado de Carlos I. El retablo mayor es el mas notable que se conserva en esta corte en su línea, y de los pocos que nos quedan de aquella época, de consiguiente es tanto mas digno de aprecio. Los cuatro cuerpos de que se compone, están decorados con columnas pequeñas, entre las que hay bajos relieves que expresan diferentes misterios de la pasión y muerte de Nro. Sr.; además de varias estatuas del tamaño natural relativas á lo mismo, que ocupan los nichos centrales, por todos los diferentes cuerpos hay distribuidas otras mas pequeñas de profetas, apóstoles, evangelistas etc. además de otros ornatos que aunque tienen mérito ofrecen cierta confusión en su conjunto. En el presbiterio están los sepulcros del primer fundador y de su esposa: el 1.º Francisco de Vargas está al lado del evangelio, y al de la epístola D.º Inés de Carbajal, padres del obispo. Consisten en unos nichos caprichosos con lindas columnitas y otros ornatos menudos.

Pero el sepulcro del obispo merece ocupar uno de los primeros lugares en esta clase de monumentos: ha sido siempre admirado de toda persona de gusto, y merece se ponga el mayor esmero en su conservación. Se halla colocado en la pared del cuerpo de la capilla hacia la derecha, y se reduce á un gran nicho de medio punto, cuyo arco está artesonado, y en el fondo tiene un bajo relieve que representa la oración del Huerto. La estatua del prelado está arrodillada sobre una gradería, cubierta en parte con una alfombra, y en actitud de orar: háela el altar mayor, teniendo delante de sí un reclinatorio con un libro. Detrás y al pie de las gradas se ven las leguas en pie del licenciado Barra-

gan, capellan mayor de esta capilla, y otros dos clérigos, acaso tambien de esta casa: el primero tiene en sus manos con un paño la mitra: los tres con sus sobrepellices, y tal naturalidad en los rostros que como en el del obispo, conoce al instante el inteligente que son retratos: á los lados aunque á cierta distancia hay una columna con capitel jónico, istriada, y cuya parte inferior está adornada con muchos follajes. En sus respectivos pedestales se ven grupos de cuatro á cinco muchachos revestidos como acólitos y en ademas de cantar y tocar instrumentos: estas pedestales sientan sobre una especie de zócalo de extraña forma, en cuyo centro precisamente debajo del arco se lee la inscripción sepulcral: *Aquí yace la buena memoria del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Gutierre de Carbajal, obispo que fué de Plasencia, hijo segundo de los señores el licenciado Francisco de Vargas, del consejo de los reyes católicos y reina Doña Juana y Doña Inés de Carbajal sus padres: reedificó y dotó esta dicha capilla á honra y gloria de Dios, con un capellan mayor y doce capellanes, pasó de esta vida á la eterna el año de 1536.*

En los dos extremos hay dos figuras alegóricas de buen tamaño, que acaso expresan virtudes; y en el espacio que media entre las columnas y el arco hay otras dos que parecen de asuntos, pero mucho mas pequeñas que las anteriores: se ven otras columnas sostenidas por niños, y sobre la cornisa un segundo cuerpo, en cuyo centro y ambos lados hay una imagen de Nra. Sra. y varios ángeles en sus respectivos nichos adornados el de en medio con cuatro columnas, y los laterales con dos, todas de orden jónico: este segundo cuerpo es mucho mas pequeño que el principal, y sobre su cornisa y á sus extremos hay otras varias estatuas, coronándolo todo un escudo. Todos los frisos, cornisas, pedestales, zócalo, huecos, arcos, gradetas, y tercios de las columnas están adornadas de figuritas, cabezas, festones, colgantes, medallas, casetones y otras mil cosas caprichosas, ejecutadas con prolijidad y atención; de modo que es infinito el trabajo que allí hay; porque dejando aparte la multitud de labores, se cuentan mas de 17 estatuas relevadas del todo, y puede que asciendan á 40 ó mas las que de medio ó bajo relieve se hallan distribuidas por todo el cuerpo de la obra, por lo que puede verse en conocimiento de la importancia de este precioso monumento que se sostendría bien al lado del que de Don Juan II hay en la cartuja de Burgos, y del que se labró en Alcalá de Henares á la memoria del cardenal Cisneros. La materia de este de la capilla, es en todas sus partes de mármol blanco, algo apaco por los tres siglos que cuenta de antigüedad.—Su gran mérito consiste en cada cosa de por sí, y en la profusión diligente de sus ornatos; porque considerado todo reunido se echa de menos cierta grandiosidad; aunque sin embargo me parece que en esta parte es este mas aventajado que el retablo mayor, y tiene mas armonía.

Las estatuas, generalmente hablando, tienen su bondad respectiva á la época en que se esculpieron: no carecen de máximas artísticas, de esmero en la ejecución, ni de naturalidad algunas de entre ellas; sin embargo en las mas hay pliegues menudos y ceñidos; porque cuando esto se ejecutó, aun no se había difundido el grande estilo y mejor gusto, fundado en el estudio de la antigüedad que poco despues introdujeron en España Gaspar Becerra y otros discípulos eminentes de la escuela Florentina; por esta misma razon se ven tambien estatuas y columnas grandes inmediatas á otras pequeñas, cosas que reprueban las verdaderas y severas reglas del arte, pero que eran defectos de aquella edad, como se observa en todos los monumentos que nos ha perdonado el tiempo, y el poco aprecio de los hombres. Estas observaciones no impiden el que esta magnífica obra sea digna del aprecio de los inteligentes y curiosos que ten-

drán mucho que admirar en ella, considerándola despacio y con el criterio necesario para juzgar de los diversos grados de mérito comparativo según los siglos.

Juan de Villoldo, pintor de reputación en aquel tiempo, íntimo amigo del escultor Gualte, y que doró y pintó el gran retablo, ejecutó también los dos cuadros que se hallan en otros (cuya traza es moderna) laterales. Estas pinturas de poco tamaño expresan el bautismo del Salvador, y S. Juan Evangelista en su martirio, que Palomino atribuye en su obra á Blas de Prado; pero se equivocó. El mismo Villoldo pintó unos grandes paños para colgar la capilla en la Semana Santa.

Son á eran de lienzo blanco, y representaban en varios cuerpos arquitectónicos varias historias del antiguo y nuevo testamento, y en el del coro el juicio final. Los pintó de claro-oscuro, con buen dibujo y sencillas actitudes, por lo que su memoria se conserva con aprecio en nuestra biografía artística. A los pies de la iglesia hay otra pintura, pero mas moderna, pues es de Eusebio Cazes, que floreció un siglo despues de Villoldo. Representa á S. Francisco de Asis sostenido por dos ángeles, y es de la mejor de aquel eminente pintor madrileño.

Esta capilla tan digna de observacion como poco conocida y frecuentada, es el único depósito que en Madrid representa á nuestras artes en el reinado de Carlos I, y esta circunstancia la dá un realce muy grande, y aumenta un pocos grados de estimacion en el ánimo de los verdaderos inteligentes, celosos de nuestras glorias y de la conservación de nuestros apreciables monumentos; pero al mismo tiempo excitan en ellos cierta sensacion desagradable, nacida de las comparaciones que la reflexion no puede menos de hacer, cotejando las épocas históricas de las bellas artes. No se trata del mérito de las obras, porque realmente despues de la época en que se ejentaron las que acabamos de describir, se han hecho cosas mejores; sino de las ideas mas grandiosas que habia en el siglo XVI para proyectar y llevar al cabo á grandes expensas y fuerza de tiempo unas empresas que eran el alimento de las nobles artes.

F. J. F.

POMPEYA Y EL HERCULIANO.

Hace mas de mil ochocientos años que dos ciudades de Italia, Pompeya y Herculano, fueron medio arrasadas por un terremoto y sepultadas en las cenizas del Vesubio. La casualidad hizo que en 1713 se encontrasen á treinta pies de profundidad algunas columnas y estatuas, y desde entonces se empezaron á ejecutar escabaciones que produjeron el descubrimiento de dos ciudades subterráneas. En diferentes épocas se han abandonado y vuelto á seguir posteriormente aquellas escabaciones. Murat durante su corto reinado empleó en ellas una legion de soldados, haciendo en poco tiempo grandes adelantos.

La ciudad de Pompeya está ya patente; no metida bajo una bóveda de cenizas y viñedos á imperfectamente descubierta, sino alumbrada por aquel mismo sol que brillaba sobre ella un momento antes del movimiento convulsivo que la destruyó. Nada se encuentra entre todas las grandes monumentos de la antigüedad que sea comparable á la arquitectura doméstica de aquella ciudad; á las comodidades interiores de sus habitaciones y á la existencia civil de los ciudadanos. Pompeya despues de mil y ochocientos años desde que se undió se halla abierta y limpia, y se la véta como á cualquiera otra ciudad de Italia.

Se entra en ella por una larga senda enlosada, guarnecida por ambos lados de sepulcros muy unidos entre sí,

sus calles son unos tránsitos tan estrechos que ningun carruaje del dia cabria por ellas, aunque conservan huellas de ruedas, y las forman las fachadas de edificios pequeños muy sencillos, y parecidos á las casas de Italia en la edad media. Pasada la puerta que dá á la calle se encuentra un patio (el moderno *Cortile* de Florencia y Roma) rodeado de una hilera de edificios divididos en aposentos pequeños, separados, algo menores en general que las celdas de un convento. Las paredes de estos gabinetes están pintadas al fresco, y muy bien ejecutadas en ellas las figuras de aves, cuadrúpedos y flores. El pavimento de las casas mayores y mas hermosas de un mosaico de diversos colores; pero á escepcion de un edificio notable llamado *casa de Sabunia*, en ninguno hay una pieza en que quepa una cama inglesa. Los mas de los patios tienen en medio una fuente de mármol ó una cisterna. Varias casas tienen tiendas que dan á la calle y su muestra labrada en la misma piedra sobre la puerta; en una que debió de ser lecheria habian quedado el mostrador y repisas en donde se ponian los tarros. En otro tiempo se veia la tienda de un boticario que se conocia por sus utensilios, los cuales fueron trasladados al museo; y uno de los guardas nos señaló con la denominacion de café un sitio donde se servian refrescos. De la pequeñez y poca comodidad de las casas particulares se infiere que los antiguos, asi como los habitantes de Roma y Nápoles, vivian mucho mas fuera que dentro de sus casas, y que el Foro, el templo y el circo les dispensaba de tener una habitación agradable. También los italianos del dia dividen su tiempo entre el paseo, el templo y la ópera.

Con la pequeñez y simplicidad de las casas particulares forman el mayor contraste los edificios públicos de Pompeya; y muchos monumentos de primera clase, aunque faltos de piedras y de su tejado, dan una completa idea de su estado y arreglo primitivo. En el templo de Isis parece que acaba de hacerse el sacrificio.

Si el ara no está ensangrentada ni esparcidos los instrumentos del sacrificio en las gradas; si los dioses no ocupaban sus nichos; ni el candelabro y la lámpara brillan en las suntuosas columnas dóricas, esto no lo ha hecho el tiempo, que los dejó como los habia encontrado, cerrados herméticamente; y perfectamente conservados; y aun se encontraron los sacerdotes junto á el ara con todos sus adornos pontificales; pero los muebles de la casa municipal, los enseres sagrados de los templos y aun el ensado del Foro se sacaron de aquel gran relicario que la naturaleza legó á la posteridad. Si se hubiese dejado con sola casa amueblada, ó un solo templo provisto de todos sus accesorios, se hubiera conservado una ilusion mas preciosa que cien realidades; podria la imaginacion haberse transportado á siglos que han transcurrido como los que procedieron al diluvio, y se hubiera podido ocupar la silla en que Plinio descansó, ó mirarse en el mismo espejo que reflejó el rostro de las damas de Pompeya.

Pocas sensaciones mas gratas pueden disfrutar los entusiastas de las artes y de la antigüedad despues de haber visitado á Pompeya, que las que produce el entrar en el Museo Borbónico, y la vista de aquella serie de piezas destinadas á custodiar las reliquias de las ciudades tragadas por el Vesubio.

Esta coleccion presenta una multitud de objetos que enseñan la historia en formas materiales y el grado exacto de civilizacion á que habian llegado los antiguos, indicando con mas precision en los pormenores de la cocina, su sala de festin y tocador; que en las cartas familiares de Cicero y Plinio y en todas las ruinas y fragmentos de Roma. Nada falta allí despues de los indicios dejados á la posteridad, sino la generacion que gozaba de objetos tan útiles como elegantes. Solo una combustion de la naturaleza cual la que sufrieron los desgraciados habitantes de Pompeya y el Herculano; hubiera podido conservar recuerdos tan completos de sus hábitos y cos-

tambres, despues del intervalo de mil y ochocientos años que median desde ellos á nosotros.

La primera pieza de la galeria contiene muebles que parece que pertenecerían á casas bien equipadas, y toda la bateria de cocina moderna no puede haber añadido una sola cacerola á aquel almacén gastronómico de la antigüedad. Desde la elegante salsera del anfitrión italiano hasta la ancha rosballera del alderman inglés, se encuentran todos los artículos culinarios en los restos de las cocinas de Pompeya. El destino de cada uno es evidente, y su trabajo deja muy atrás á todos los esfuerzos de lujo moderno: asadores, tamices, marmitas, calderos y sartenes son casi todos de bronce y de metal fino, y algunos muestran haber estado plateados por dentro, siendo sus asas de tan perfecta hechura, que cada una de ellas puede suministrar á un hombre de gusto materia para una disertación. A los enseres de cocina siguen los de gabinete, como enchillos, pizcas, cucharas etc. La urna para el agua, en la que había una parte diaphana para calentarla, era del mayor primor y pudiera servir para honrar la mesa de té mas esquisita; una sarten, verdadera anticipacion de los descubrimientos de Rumfort, reunia la gracia y la economía, siendo de construccion superior á la del braseo italiano moderno, y que probablemente debió estar colocado, como este, en medio de la pieza. La campanilla de la casa no solamente ofrecia una labor prolija sino un sonido claro y argentino. Con igual primor estan trabajadas las balanzas y sus pesas, que son otros tantos lustros preciosos. Diferentes platos de bronce plateados con agarraaderos proporcionados á otros utensilios para cojerlo, ó retirarlo, atestiguan la feliz organizacion de un pueblo que hasta en los últimos pormenores de la vida procuraba satisfacer á su viva y brillante imaginacion.

La estancia inmediata comprendia objetos mas magníficos é ingeniosos sacados de los gabinetes particulares ó de los templos. Los mas notables son las lámparas, cuya figura y adornos varia á lo infinito; y algunas, así como otros varios juguetes, debieron pertenecer al tocador de alguna joven de Pompeya; la mayor parte estaban suspensas de cadenillas trabajadas con mucha delicadeza; otras puestas sobre sus bases ó adornadas de ramos, ó sobre hermosas tripodes, como cuando alumbraban un vestíbulo ó un aposento, y todo tan pequeño y pulido que una señorita europea podría, despues de haber cerrado un billete amoroso á la llama de una lámpara de aquellas, meterla juntamente con su tripode en el ridiculo. La mayor parte de los tripodes estaban hechos para ocupar poco lugar y eran portátiles: los vasos de bronce y de alabastro son muchísimos, y nada de lo modernamente inventado puede igualarlos, sea en la forma, sea en los adornos. Sillas del mejor bronce se desarmaban como las de los jacinates, y las mesas para escribir podian ser tan propias de un Plinio como de una Aspasia.

Tras esto se observan las pruebas de la disipacion y vanidad de los antiguos: los dados, los billetes para los teatros, algunos tal vez pertenecientes á la beldad de moda; las cajas de tocador dignas del estrecho de una desposada régia de estos tiempos; los espejillos portátiles de acero bruñido; tembleques, braceletes y peines de todas hechuras y dimensiones, unos de materias preciosas destinados á las trenzas de las bellezas patricias, otros de esta y mayores para sostener el cabello de las plebeyas.

El número de vasos, llamados vulgarmente estruseos, es inmenso. Muchos de barro fino con hermosos grupos sobre su superficie lisa, que constituan al parecer la porcelana de los antiguos, y que segun las copias hechas de la misma materia, está no por creer á los cocierones de Pompeya, que dicen que las damas romanas tomaban el café en sus quintas, en las inmediaciones de Pórtico y Póscipio. Una pequeña y elegante cama de bronce hace concebida una perfecta idea del lecho de los antiguos, y

se diferencia poco de lo que actualmente se llama cama-pé griego.

Otra coleccion de vasos y figuras egipcias que eran las antigüedades de aquellos habitantes, da idea de sus conocimientos en esta parte, y concluye oportunamente la coleccion mas interesante y curiosa del mundo.

EL GATO MONTES.

El dominio del hombre sobre toda la naturaleza es un hecho positivo; y que este dominio le ha sido tan útil y ventajoso, que no perdona medio alguno para estenderle mas y mas. En donde quiera da á conocer lo vigoroso de su brazo y lo decidido de su voluntad. El ha trasportado á todos los climas los vegetales de que ha sabido utilizarse; ha mudado el aspecto de las regiones que habita, y lo que es mas, ha conseguido reducir á esclavitud y al estado de domesticidad, á un gran número de animales nacidos, así como él, para la libertad. Pero lo mas notable y digno de particular atencion, es que algunos de ellos, terribles en el estado salvaje, han suavizado de tal modo sus costumbres, que no parece sino que se despojaron de toda su natural ferozidad, hasta el punto de perder el sentimiento de su propio poder. Se ven vacadas enteras de toros armados de astas formidables, guardadas y conducidas por niños, sin que los maltraten ni asusten. El caballo obedete al menor movimiento que le imprime el ginete, á quien ha resignado toda su voluntad. El asno, tan perezoso y tenaz, acaba por someterse; y trabaja él solo en el transporte de los frutos del campo, mas que los demas animales juntos. El cordero, animal tímido y tranquilo, busca su seguridad bajo la proteccion del hombre que es para él tan funesta; la paloma vuelve constantemente á refugiarse en el palomar en que ha nacido, y el pato se olvida de su carácter viagero. ¿De dónde viene tan asombrosa mudanza? ¿Általes por ventura alguna de las partes constitutivas de su naturaleza originaria? ¿Ha perdido el toro sus astas, el caballo su velocidad, sus fuertes alas la paloma, y el pato la facultad de prolongar su nado? Nada han perdido en efecto, sino la urgente necesidad que sin cesar les estimulaba en el estado selvático. En el doméstico no tiene la paloma que recorrer inmensas distancias para proporcionar su alimento; el pato, que no teme al frio de los inviernos, permanece quieto; el toro, que no tiene quien le dispute el pasto, pierda su impetuosidad característica; y el caballo que jamas se intimida en los peligros, deja sus costumbres montaraces. En estado doméstico opera pues en los animales una especie de metamorfosis, de la que solo uno se exceptua, y con solo decir que es aquel de mas juguetona apariencia y de índole sanguinaria, huésped familiar de nuestras casas, está dicho que es el gato.

El gato, dice Buffon, es un doméstico infiel, á quien solo se tiene por necesidad; para oponerle á otro enemigo doméstico mucho mas incómodo, y que no es fácil echar; pues no tratamos aqui de aquellas personas que por su cariño á toda clase de animales, no tienen gatos sino para su diversion; una cosa es el uso y otra el abuso; y en medio de que los gatos, especialmente cuando pequeños, son juguetones y graciosos, tienen empero al mismo tiempo una malicia innata, un carácter falso, y un natural perverso que crece con la edad, y que la educacion no logra sino disipar. Siendo por naturaleza ladrones, determinados, solo llegan á ser con una educacion cuidadosa, flexibles y aduladores, como los bribones; tiene la misma destreza, el mismo gusto de hacer mal, y una igual inclinacion al hurto; saben ocultar, como ellos, sus pasos, disimular sus designios, examinar la ocasion y espigar el momento oportuna para dar el golpe;

sustraerse despues al castigo, huir en seguida y alejarse hasta que se le llame. Contrabacen facilmente las costumbres sociales, pero jamas las adoptan. Solo tienen la apariencia del cariño, y esto se conoce en sus movimientos oblicuos, y mirada equívoca: nunca miran cara á cara á la persona querida, y sea por efecto de desconfianza ó de falsedad, siempre se valen de rodeos para acercarse á ella, y para solicitar caricias que no aprecian sino por el placer que les causan. El gato, muy diferente en esto de aquel animal fiel, cuyos sentimientos todos se refieren á la persona de su amo; no parece que siente mas que para sí solo, ni ama sino á sí propio, ni se aviene al estado social, mas que para abusar de él; todo lo cual hace que no simpatice con el hombre tanto como el perro, en el que todo es sinceridad.

No habrá quien no reconozca la semejanza de este retrato, hecho con el gran talento del escritor que acabamos de citar; mas aunque sea exacto en lo tocante á los rasgos físicos, no nos atrevemos á decir que lo sea igualmente en cuanto á la parte moral. Buffon siguió en esto como siempre, el sistema que se habia propuesto de dotar á todos los animales de caracteres particulares; sistema en verdad brillante y sostenido por un genio mas brillante todavia; pero que desgraciadamente no es cierto. El gato no es, ni malicioso, ni falso, ni perverso; pero es siempre un *animal de presa*; y como el estado doméstico, que es el que puede modificar los hábitos de un animal, no alcanza á mudar por eso su naturaleza, sucede que así que se ve el gato atormentado del hambre, recobra inmediatamente su caracter carnívoro. Semejante al tigre, de quien tiene todos los movimientos, no ataca declaradamente; las armas que la naturaleza le ha dado, son mas bien para prender que para destrozár, y todo prueba que su destino es el de sorprender, y no el de combatir. Sus patas, guarnecidas de pelo aterciopelado, asientan sin meter el menor ruido: sus movimientos todos anuncian la mayor precaucion; y sin quitar la vista de la victima que acecha, parece que no presta oido mas que al ruido que puede hacer él mismo. Ve

de noche, y esto le proporciona el sorprender á los pájaros y otros animales dormidos; de dia se mete en emboscada, permanece inmóvil horas enteras, con los párpados como soñolientos, pero con las orejas muy alerta. Al menor ruido, porque el olfato no le guía, se pone de pies y se arroja de un salto sobre su presa luego que se presenta á su alcance: la deshace con sus uñas, y cuando no tiene ya movimiento alguno, la come, ó por mejor decir la bebe; pues se limita á arrancarle pedazos de carne que traga sin mascarlos.

Si se le dan frutas, legumbres ó pan no lo quiere, á no ser que la carne esté cocida, en cuyo caso la huele repetidas veces antes de comerla, y cuando por fin se decide, es con una especie de indecision desdenosa; pero ve él una presa viva ó una carne sanguinosa, y desaparece aquella reserva desconfiada para dar lugar á una ansia glotona. No es esto porque sea de una indole sanguinaria, sino porque la naturaleza le ha hecho animal de presa, y obedece como tal á sus leyes.

Es entre todos los animales carnívoros el único que vive con el hombre; pero nunca se podrá haber dicho que haya consentido en someterse enteramente al estado doméstico, pues conserva constantemente su independencia. Nada es capaz de retenerle contra su voluntad donde no guste de estar, y se le ha visto tirarse desde ventanas muy elevadas, antes que permanecer en piezas en que se le tenia encerrado. Salta sin cesar á los sitios elevados ó huronea en los graneros; no se aficiona á los que le cuidan, y si alguno vuelve á la casa en que ha vivido largo tiempo, es porque conociendo todas sus entradas, salidas y rincones, puede cazar aves ó ratas mas cómodamente.

Aunque el gato es un tipo único, presenta mucha variedad en cuanto á la piel, que es el resultado infalible de la mudanza de clima, de costumbres y de cuidados. Antes de entrar en algunos pormenores sobre este punto, hablaremos de la raza que constituye el tronco de las demás, y permanece siempre la misma, y es la del *gato montés* representado en el grabado adjunto.



(El gato montés.)

El gato montés es casi una tercia mayor que el doméstico, y ofrece una semejanza tan perfecta de tigre que no puede decirse cual de estos animales sea el tipo del otro. El fondo de su piel es, como en el tigre, de un color leonado sucio, atravesado de rayas oscuras transversales. El pecho y parte superior del vientre, son de un color mas claro y casi blanquizo. Las patas leonadas y la cola con anillos del mismo color alternados con ne-

gros; pero de tal modo combinados, que es siempre negro el último. Su voz es mas ronca que la del gato doméstico, y todos sus hábitos son los mismos que los del tigre. Vive sobre las ramas de los árboles y se mete en las madrigueras abandonadas, y destruye mucha caza, no atacando á los padres que pueden huir ó defenderse, sino acechando á los hijuelos al paso, y cojiéndolos de improviso. Arrebatá de noche los gazapos recién nacidos, y se encarama en los árboles para sorprender á los pájaros que duermen en sus nidos.

Refieren varios naturalistas que aunque el gato montés se pone en salvo al menor ruido, no deja de dar cara al peligro, cuando se siente herido; por lo cual aconsejan que se le tire por detrás, para espaldillarlo, y evitar que se vuelva contra el cazador, y se le salte al rostro para arañarle con sus agudas uñas, como ha sucedido algunas veces.

Todas las variedades de gatos domésticos provienen del gato montés. Unos son blancos enteramente, otros pardos, otros mezclados, los otros con manchas, siendo tanta su diversidad, que sería difícil encontrar dos gatos enteramente semejantes. Hay sin embargo algunos que pueden considerarse como de una especie particular, clasificando al gato por el color ó por la longitud de su pelo. Se distinguen entre otros los *gatos de España* que tienen mezcla de rojo, negro y blanco; los *cartujos* de pelo fino y color pardo apizarrado, con las sobrepiernas negras; y sobre todo los gatos de Angola ó *malteses*, notables por su pelo asedado y tan largo que llega en algunos hasta el suelo. Tienen el del cuello sobresaliente á modo de una lechuguinilla; pero el de la cabeza y pies corto, como para no estorbarles el paso. Esta última variedad es muy deseada, y no es tan común. De la mezcla de todas estas especies proviene la innumerable variedad de gatos comunes esparcidos por Europa, y aun puede decirse que del mundo, porque hay gatos donde quiera que se encuentran habitaciones de hombres.

Lo que hay tal vez de mas notable en la historia de los gatos, es que las razas que viven en el campo, tienen multiplicándose una tendencia mas declarada hácia el carácter del gato montés; y que vice versa, los gatos monteses sometidos al estado doméstico dejeneran tan pronto, que al cabo de dos ó tres años pierden los que nacen los caracteres que hemos descrito como esenciales del gato montés.

COSTUMBRES INGLESAS.

La embriaguez se va desterrando diariamente de las clases altas de Inglaterra, y ya no es de buen tono el beber hasta caerse bajo de una mesa; y aunque no sea cosa muy rara encontrar todavía en las calles de Londres hombres y mujeres de buen porte, con la cara encendida y pasos vacilantes, puede asegurarse que tales personas, y con especialidad las mujeres, no pertenecen á lo que se llama gente de forma. No se diga por eso que algunas buenas matronas en su declinacion, las solteronas viejas de ciertas conveniencias y de la clase media, y los comerciantes retirados no usen frecuentemente y con particularidad por las noches, del aguardiente y el agua caliente; pero esto es en lo interior de sus casas y despues de cenar, y si acaso se perturba algun tanto la cabeza, no hay testigos importunos, los hijos estan acostados y siempre hay la fuerza suficiente para subirse á la cama. A la siguiente mañana hay jaqueca; pero como el clima es tan malo, nada tiene de extraño, y no se detiene nadie en hacer la vista gorda cuando dá con hombres aficionados á tal pasatiempo. Pecado oculto está medio perdonado.

Pero á medida que la embriaguez abandona á las clases superiores se propaga con la mayor rapidez en las clases

pobres, y parece que se aumenta en razon inversa de las comodidades de los individuos, y siendo ahora efecto, no tardará en hacerse causa de la disminucion de prosperidad. Un traguito de *gin* para un estómago quebrantado es un cordial que aplaca el hambre, remedia momentáneamente el quebranto; y como su efecto es pronto, y mas fácil acudir á él que comprar un pedazo de pan, los achaques de estómago se redoblan con el uso de esta bebida y por lo mismo se hace necesario menudear el remedio, y no se tarda mucho en sacrificarlo todo para su adquisicion. El aguardiente tiene la propiedad peculiar de ser narcótico; las madres dan una cucharita á los niños á quienes algun dolor impide dormir, y nada tiene de extraño que se haya generalizado así el gusto á él.

Esta afición ha adquirido mayor tendencia desde que han aparecido los grandes y magníficos palacios, llamados *gin temples*, en los cuales se vende por uno ó dos cuartos los aguardientes á cada uno de los ochenta ó cien individuos de todo sexo y edad que cubiertos de adrajes van á sentarse en los bancos arriados á sus paredes.

El especulador coloca por lo general estos templos en los cuartales habitados por pobres, de modo que su suntuosidad misma resulta mas indelicadamente en medio de la miseria que los rodea.

Un aparador de caoba en el fondo de una sala espaciosa é iluminada con una ininidad de fanales de gas, fríos dorados y cuidadosamente esculpidos, espejos de cuerpo entero y todos los enseres de la magnificencia inglesa, pesada y maciza, pero rica, se ostentan en aquellas cavernas para atraer á las desgraciadas victimas, que con los pies desuados y el cuerpo mal cubierto de arapos, restos de los vestidos de los ricos, llegan á acabar de destruir su salud. Un pobre no se pone en Londres un vestido cuya tela ó figura convenga á su clase; se viste de lo que dejan los ricos, y no queda poco sorprendido el extranjero á la vista de mugeres pobres que le piden limosna, cubiertas de un vestido viejo de raso y sombrero de terciopelo con plumas.

Los *gin temples*, que así se llaman aquellas suntuosas aguardienterías, contra las cuales es sensible que nada pueda el gobierno, han dado origen á las sociedades de templanza, y aunque en general sean los que las han promovido filántropos de profesion, esto es, gentes que hablan mucho y hacen poco, debe esperarse que los buenos ciudadanos tomaran parte y remediarán el mal.

Bajo la proteccion de la legislatura se ha establecido una comision de embriaguez, y tal vez se obtendrá una orden contra los *gin temples*. Entre las causas que se han presentado á dicha comision es muy notable la siguiente respecto á una vieja reducida al estado miserable por el uso del *gin*. «Esta mujer, viuda en el dia, dice el testigo, es tia de uno de nuestros mas célebres cantores, pero incorregible bebedora de aguardiente. Tiene cuatro hijos y dos hijas deportados todos á Botany-Bry. Despues de haber vendido cuanto tenia para proporcionarse su licor favorito, recurrió al expediente mas extraordinario. Habíala favorecido la naturaleza dejándole aun en su edad los dientes mas blancos y bien formados, y los fue vendiendo uno por uno á un dentista. Conforme crecia su pasion especulaba el dentista disminuyendo el precio estipulado al principio. La quedan en el dia dos dientes, habiendo vendido el último por ocho cuartos.

«Despues que se le sacaron pensó que era sufrir demasiado por tan corto precio, y fue á verse con un médico y proponerle si queria comprar su cadaver anticipadamente. Convino el médico, y aun le ofreció que cada dia le entregaria cierta cantidad á cuenta, con la condicion de que habia de tomar semanalmente cierta dosis de una medicina para probar su efecto. La bebedora estuvo dudosa, pero temiendo que el objeto de la medicina fuese el de abreviarla la vida, se determinó á no admitir la proposicion.»

Este caso dice mas que todo, y reitara exactamente á la Inglaterra. La vieja, el dentista y el médico son tipos que difícilmente se encontrarían en otras naciones.

ORIGEN DE LAS CAMPANAS.

No carece de interés la investigación del origen de las campanas. Los escritos de los antiguos comprueban que las conocieron y las aplicaron indiférentemente á lo sagrado y á lo profano. Según Estrabon se abría el mercado á son de campana. Plinio hace mención del sepulcro de un antiguo rey de Toscana que estaba rodeado de campanillas. En Roma se señalaba la hora del baño por medio de una campana; los vigilantes de noche llevaban también una, y en las casas ricas servían para llamar á los criados ó indicar, como entre nosotros, la hora de comer; ponían también campanillas al ganado vacuno y caballo para auyentar los lobos, ó mas bien como amuletos; y esto mismo que hoy se usa viene á recordar, así como otras muchas cosas en que no reparamos, las costumbres de los antiguos.

La invención de las campanas se atribuye á los egipcios: lo cierto es que con ellas se anunciaban las fiestas de Osiris.

Es sabido que el sumo sacerdote de los hebreos llevaba en la celebracion de los misterios una túnica guarnecida de campanillas de oro.

Los sacerdotes de Proserpina y de Cibele en Atenas tocaban las campanas durante los sacrificios, y hacían también su papel en los misterios.

Es opinión general que S. Paulino, obispo de Nola, fue el primero que introdujo las campanas en el servicio divino hacia el año 400. Refiere un historiador antiguo, que habiendo sitiado el ejército de Clotario á Sens por los años de 610, se asustaron de tal modo con el ruido de las campanas que Lupo obispo de Orleans mandó repicar, que huyeron todos despavoridos. Solo el mencionarse este hecho, aunque por otra parte se pueda dudar de él, prueba que el uso de las campanas no era tan conocido en Francia.

Beda fija la época de las campanas en la Gran Bretaña en el año de 680, pues hasta entonces se reunían los fieles al son de una carraca.

Es probable que las campanillas empezasen á usarse desde luego en las procesiones, y que después las aplicasen los músicos á las diversiones públicas. No siempre se tocan á mano, sino que estaban en ocasiones pendientes de una especie de colgador con su pie, y se las hería con martillos.

El repique de campanas anunciaba en otro tiempo, y aun ahora en muchas partes, la llegada de los monarcas y dignidades.

Ingulfo, abad de Croyland, que falleció hacia el año de 1109, dice que su abadía tenía seis campanas de diferentes tamaños, y alaba su sonido y cita sus nombres, y este es el origen de los repiques, tan comunes en todas partes y particularmente en España y Flandes. En los monasterios se ponía un anillo de metal ó de plata en el extremo de la cuerda de las campanas, para mayor comodidad del que las repicaba (Klocman); los mismos sacerdotes cumplían con este cargo, pero sucesivamente le fueron delegando en subalternos, y aun en gentes incapaces de otra cosa, como ciegos y sordo-mudos (1).

La costumbre de tocar por los moribundos tenía dos

motivos: uno el de advertir á los cristianos que orasen por aquel hermano suyo que iba á salir del mundo, y el otro la creencia supersticiosa de que el sonido de la campana tenía el poder de ahuyentar á los espíritus malignos, que se suponía vagaban en derredor del lecho y casa del enfermo. La preocupación que mueve á tocar las campanas en las tempestades, se ha combatido justa y vigorosamente en estos tiempos. Fundábase dicha preocupación en un hecho citado por los antiguos: habían echado de ver que los gritos y estrépito de un concurso conmovido, ajitaban y carecían de tal suerte la atmósfera, que caían las aves sin que pudiera sostenerlas el aire; y de esto concluyeron que el motivo que obraba sobre los habitantes del aire, debía también obrar sobre el rayo, y conseguir que se alejase.

Es cierto que podía obrar sobre el rayo; mas no debía inferirse de esto lo segundo; antes bien hubiera sido una consecuencia mas legitima la de que si los pájaros caían con el ruido, igualmente caería el rayo.

Aun no se ha conseguido persuadir esto generalmente, resultando en varios puntos muchas desgracias.

Como quiera que sea, las campanas constituyen un ruido que si en las ciudades surge á veces é incomoda, anima la mansión del campo, y no deja de oírse con gusto desde las selvas, los llanos y valles.

La costumbre de bendecir las campanas se remonta al siglo VII; Carlo Magno la prohibió, pero subsistió á su pesar en Francia, y es muy curiosa la descripción de su ceremonial que se encuentra en algunas obras, y entre otras en la *Colección edificante*, publicada en Cologne en 1757 que se conserva en la biblioteca real de Paris. Al principio solos los obispos bendecían las campanas; pero después les sustituyeron en esta función los delegados y curas.

Thiers, autor antiguo y cura de Chaurond, compuso una obra voluminosa sobre las campanas; y Mr. de Chateaubriand no ha dejado de consagrar á las campanas uno de sus mas interesantes capítulos en su *Genio del Cristianismo*.

Los musulmanes no tienen campanas en sus minarets; pero los chinos usan de ellas en sus torres y templos. Las campanas de Nankin y de Pekin son mayores que las de Europa, pero no tienen tan buen sonido. Las de Ex-furth se han hecho célebres, no menos la gran campana de Roan que se llamaba Jorge d' Ambroise, por haberla hecho fundir y ser regalo de aquel ministro de Luis XII.

En 1792 se destruyeron en Francia todas las campanas, quedando convertidas en moneda de cobre y en cañones á propuesta de Pedro Manuel, y por decreto de la asamblea nacional. Se han ido restableciendo posteriormente; mas no son ni tantas, ni tan fuertes como las antiguas.

Una de las mejores composiciones poéticas de Schiller, tiene por objeto la fundición de una campana. Pinta los diferentes pormenores de esta operacion, y enlaza cuadros admirables de todos los acontecimientos que puede solemnizar el sonido de una campana, concluyendo su sublime inspiracion en estos términos: «Llámasse *concordia* esta campana: que este es el nombre que la pongo, y recuérdenos constantemente tan noble sentimiento: jamás la ajiten nuestras civiles divisiones, y solo proclame la unión sagrada de todos los corazones... que elevada sobre todas las vanidades de la tierra, tenga al rayo por su vecino, por compañeras las estrellas, y que sus ecos resuenen desde la altura como la voz de los astros que alaban al Criador y arrojlan el curso del año: que no suene sino para anunciar objetos graves y verdades eternas: sacúdala el tiempo de hora en hora con sus rápidas alas, y sea la intérprete de los destinos; aunque destituida de sentimiento, instrúyanos de las continuas revoluciones de la vida; y del mismo modo que sus magisteriosos tañidos, después de haber dividido las nubes llegan á espirar en

(1) Los antiguos escritores contaban cinco especies de campanas llamadas con los nombres siguientes: 1. *Squilla* para el rectorio. 2. *Cimbalum* para el claustro. 3. *Nola* para el coro. 4. *Sotula* la del rejal. 5. *Signum* la de la torre del atalayero.

nuestros oídos, enseñéndonos que nada es en la tierra permanente, y que todo se desvanece como un vano sonido.»

EL MONASTERIO DE YUSTE.

El monasterio de S. Gerónimo de Yuste está inmediato á Plasencia, en la provincia de Estremadura, y consiste en un edificio de muy pobre aspecto, y cuyas paredes blancas resaltan sobre los oscuros riscos que le rodean.

A la vista de aquella mole, que mas bien se parecia á una fortaleza ó prision, y que no tiene cerca de sí habitación alguna, se oprime el corazón y se respira penosamente, y hasta los gemidos que forma el viento entre el ramaje de los árboles aumentan la misteriosa melancolia del sitio. Es evidente que para vivir en él se necesita haber roto todos los vinculos que ligan al hombre con el mundo, todas las ideas que aligeran y hacen agradable la vida.

Una tarde del año de 1557 llegó á la puerta del monasterio un hombre no tan acabado por la edad como por el trabajo y los cuidados; acompañábanle tres ó cuatro personajes graves, tristes y silenciosos.



(Monasterio de Yuste.)

Aquella corta comitiva habia pasado por medio de Burgos sin que nadie hubiese salido á su encuentro, ni fijase su atención en ella, y apenas tal vez algun habitante se habia puesto al umbral de su puerta para verla pasar.

El anciano bajó de su litera y llamó el mismo á la porteria, y gritó: *Abrid.* En seguida dijo en secreto su nombre al portero, el cual hizo rechinar sobre sus goznes la pesada y pobre puerta del monasterio.

El forastero para entrar por el mezquino umbral tuvo precision de encorvar sus espaldas y bajar su despoblada cabeza, en cuya frente se reflejaban un carácter superior de generosidad y de grandeza.

Llegó el abad y dió su bendicion al nuevo hermano recién venido; este se arrodilló humildemente, como el último de los novicios, besó en seguida la tierra y exclamó: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á él, madre común de los hombres.*

Después fue á tomar posesion de su celdilla, y pasó al rectorio, en donde se colocó á un extremo de la mesa como conviene al último que llega.

A la mañana siguiente fué después de los oficios al huerto, y se le dió una hazada y el encargo de labrar una porcion de terreno, á lo que dió inmediatamente principio, silencioso, obediente y solitario.

Un año después tomó el hábito.

Al siguiente se celebró un oficio de difuntos por el monje que acaba de profesar, y se le cubrió con un paño de tumba según lo acostumbrado en semejantes casos.

Al cabo de dos años desde su entrada en el monasterio de Yuste y algunos días después de su profesion, el monje misterioso, murió el día 21 de setiembre de 1558 como cristiano muy contrito, y recostado en un lecho de ceniza.

El nombre que tuvo aquel monje en el siglo fue el de *Carlos I de España, V de Alemania, emperador y rey.*